

LECTURA PSICOANALÍTICA DE TEMÁTICAS PICARESCAS

Para quienes están habituados a interpretar la picaresca desde un ángulo sociológico la propuesta de una interpretación psicoanalítica tiene que resultar extraña. Y, sin embargo, ésta es la propuesta que aquí se hace; y no por considerar que el aspecto sociológico no exista, sino por pensar que éste, y aquí se sitúa nuestra hipótesis de trabajo, no es más que una representación manifiesta de una latencia psíquica. Es decir, por considerar que el problema se sitúa en gran parte en otro punto que el de la sociabilidad entendida en sentido general o entendida como relación entre las diversas clases sociales en una sociedad en su interdependencia con respecto al poder que es lo que, en último término, estratifica y define a toda sociedad.

El primer problema que se nos plantea para la interpretación de la narración picaresca en una perspectiva psicoanalítica es el de la forma de discurso empleada. Como la práctica psicoanalítica se ejerce a partir de la palabra del paciente¹ es en el discurso donde tendremos que buscar el significado que ha llevado a su propia producción textual.

En todos los casos, o en la mayoría, se trata de discursos autobiográficos desde la perspectiva del narrador textual. Ahora bien, el discurso autobiográfico se construye desde un punto final que abraza retroactivamente una vida o un período largo de una vida. Funciona, pues, como un ajuste de cuentas con lo anterior y propone un futuro de muerte inmediata, de conversión o de continuidad más o menos explícita con respecto a lo anterior. La solución más frecuente, en la medida en que se trata de un ajuste de cuentas valorativo y crítico, es la de una propuesta de renuncia a lo anterior. Si se escribe sobre ello es precisamente para señalar su negatividad, servir de mala guía y mal ejemplo a los demás, renunciar a lo que se ha

1. Cf. para la noción de *palabra* en psicoanálisis el trabajo de J. Lacan, *Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse* in *Escrits I*, págs. 111-208 (Paris, Seuil, 1966).

sido. Planteado así se trata de un discurso de frustración sobre una vida ya vivida. El que es al narrar renuncia al que ha sido narrado situándose en un punto fuera de él. Discurso frustrante.

Ahora bien, esta frustración final no aparece aislada. En realidad la vida del pícaro, desde su nacimiento y aún antes, no es más que una acumulación de frustraciones. En cada uno de los avatares de su existencia el pícaro lleva la penitencia de un pecado que a veces ni ha cometido. A comenzar por la cuestión de sus antecedentes familiares, nacimiento y primera infancia. En todos los casos una frustración inicial que viene indicada como condicionamiento o destino inevitable y que esquemáticamente se presenta así:

1) antecedentes familiares negativos (Lazarillo, Guzmán, Buscón, Justina, Gregorio Guadaña)

2) conflictos y problemas para su génesis (T. de Manzanares, Gregorio Guadaña)

3) terror al nacimiento y necesidad de hacerlo (Gregorio Guadaña)

4) incertidumbre de paternidad o paternidad múltiple (Guzmán, Buscón)

5) ausencia temprana de padre, madre o de ambos (Lazarillo, Guzmán, Justina y el caso especial de Periquillo el de las gallineras)

6) problemas económicos; pobreza (Lazarillo).

En todos los casos nos hallamos ante una problemática inicial que definiremos como deficiencias o carencias de un núcleo familiar con respecto a la normativa del momento y que se proyecta como frustración.

La reacción no puede ser más clásica ya que se inscribe en uno de los modelos folklóricos asentados por Propp: abandono o necesidad de huída del núcleo familiar deficiente con objeto de reparar la carencia inicial.

Pero a diferencia de lo que sucede con el héroe folklórico que cerrará su historia, por dificultosa que sea y peripecias que contenga, con la desaparición de la carencia, al héroe picaresco le sucederá todo lo contrario. Su búsqueda del Grial familiar no hará sino acumular fracasos sea cual fuere la fórmula emprendida para su recuperación.

La más frecuente de ellas en sin duda la de los amos a quien

sirve. Amos por los que es despedido, que lo explotan en su miseria y a los que tiene finalmente que abandonar so pena de perecer. Pues bien, esta constante búsqueda y el consiguiente abandono sucesivo no es más que la repetición de la conflictiva frustración inicial. De la misma manera que la familia genital amputada en aspectos fundamentales y sentida como frustración está en el origen de la primera partida, las sucesivas familias, en el sentido social y latino, en las que el pícaro cree encontrar su remedio no serán sino soluciones pasajeras en las que las carencias iniciales se harán inmediatamente patentes con el aditamento de ser corregidas y aumentadas. Señalaré que esta tentativa de substitución siempre frustrada no es un mero rasgo interpretativo por mi parte. Con frecuencia el pícaro hace referencias explícitas al hecho de encontrarse entre sus hermanos (Pablos en Alcalá o Guzmán y su hermano apócrifo Sayavedra), con un padre o una madre o ambos (Guzmán y el cardenal romano, Lázaro y el ciego, Periquillo y sus padres adoptivos o su primera ama). En todos los casos el resultado es el mismo: fracaso.

El caso especial de Guzmán, al final del libro, en su reencuentro parcial con la situación inicial (relaciones entre Guzmán y su madre vieja) no sirve más que para insistir en el fracaso familiar inicial esta vez desde el punto de vista oficial ya que se trata de la verdadera madre que le abandona en la desgracia y que incluso le niega los recursos materiales y morales obligados en su situación de preso y galeote. Notemos que este episodio entronca, incluso, con el tema de los parentescos falsos a que son sometidos multitud de personajes marginales: padre, madre, tía, hermana, hija, etc., son otros tantos préstamos del léxico que designa las relaciones familiares a las relaciones de tipo prostibulario sobre todo.

A propósito de estas designaciones familiares para relaciones que no lo son, creo que se impone la conclusión de que una característica del marginalismo es la de reconstruir lingüísticamente, a nivel de designación, la situación familiar (social o de sangre) como indicativo de que, fracasada la relación familiar vincular, su substitución por la convención lingüística que designa a la familia sólo puede ser un fracaso que repite en código el fracaso de la realidad familiar inicial.

En resumen, la designación lingüística de la familia es, en la picaresca, una muestra de su misma falsedad, de su su ajenicidad con respecto a la realidad. Realidad y lengua que la designa se encuentran así perfectamente diferenciadas.

La otra fórmula de superación de la frustración inicial empleada en la picaresca consiste en intentos de construcción de una familia, imagen especular de la que no ha existido. Estas tentativas no reflejan otra cosa que el vacío contenido en el fracaso inicial y no son sino frustraciones a su vez. Pensemos en el caso de Lázaro casado con la criada del arcipreste de San Salvador con el que comparte los favores de la misma hasta la situación lamentable explicitada en la *Segunda Parte* de de Luna; en el caso de Pablos que intenta también, a través de su matrimonio, cambiar de categoría social fracasando estrepitosa y definitivamente en todo (III, 6 y 7); en Guzmán y sus matrimonios que lo someten a la tortura moral (III, 2 y 3) y a la abyección (III, 4, 5 y 6) en los sucesivos matrimonios y viudeces de Teresa de Manzanares quien llega a prometer libro aparte para poder contar las miserias que le acaecen con el último marido, etc., etc.

Siempre que el pícaro intenta reconstruir una célula familiar compensatoria de la inicial deficiente fracasa. La salida salvadora es imposible, como lo es el paso de una categoría social estamental a otra superior (Lázaro, Pablos, Guzmán). De ahí que esta categoría social ínfima que acumula fracasos tenga que ser entendida como el producto de un desplazamiento del fracaso libidinal inicial. No en un aspecto sociológico sino en un aspecto psíquico y simbólico. Lo que traduce la carencia familiar inicial y los sucesivos fracasos para su reemplazo es la frustración libidinal del pícaro a la que aquella simboliza.²

Esta simbolización de la frustración libidinal infantil encuentra su expresión más clara en la castración que recorre la picaresca tanto de manera explícita como de manera tácita y simbólica.

Como ejemplos de la primera tenemos los episodios de la *Segunda Parte del Lazarillo de Tormes* (cap. XVI) de T. H. de Luna y del *Estebanillo González* (II, I), de factura claramente carnavalesca³ y que aunque no llegue a consumarse la castración y todo quede en

2. Freud indica en *La interpretación de los sueños*, parte dedicada a *La elaboración onírica*, que «los parientes, en general, desempeñan casi siempre en el sueño el papel de los genitales...», pág. 563 de las *Obras completas* (3ª edición), Tomo I (Madrid, Biblioteca Nueva, 1973).

3. Como ya indiqué en *Signos de estructura profunda de la narración picaresca* in *La picaresca: orígenes, textos y estructuras* (Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca) (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979).

una broma de dudoso gusto, no deja de tener repercusiones condicionando el comportamiento ulterior de los héroes.

Como ejemplos de la representación simbólica de la castración, me limitaré a señalar algunos, más como orientación metodológica y temática que como análisis exhaustivo, centrados en torno a la cabeza y rostro de los personajes⁴ y sobre todo en relación con las marcas.

Antes de nada aclararé que entiendo por marca la señal aditicia o deformadora más o menos estable en un personaje que permite su identificación en situaciones conflictivas. A partir de esta definición general creo conveniente hacer algunas aclaraciones en lo que respecta al carácter particular de la marca en su significación simbólica de la castración.

a) En primer lugar se trata de marcas de carencia o de deformación parciales consecuencia de una acción exterior al sujeto que la sufre.

b) Son el resultado, con frecuencia, de un castigo al que el sujeto se hace directa o indirectamente acreedor.

c) Suponen un cambio substancial de la identidad del sujeto que se encuentra, mediante ellas, imposibilitado para llevar a cabo un determinado tipo de actividades.

d) Por el contrario son un indicativo, un signo publicitario, de determinadas actividades que el sujeto se ve obligado a realizar o se piensa que realiza.

En relación con la topología indicada, cabeza y rostro de los personajes, las marcas más frecuentemente registradas son cicatrices de diverso tipo en el rostro, pérdida de dientes, pelo, orejas o nariz.

Las cicatrices en el rostro son abundantísimas en la literatura clásica y casi siempre asociadas a la práctica de la prostitución, a la rufianería y a la valentónica. Cuando se trata de mujeres indican de manera inequívoca su profesión de prostitutas ya que una constante, registrada en numerosos poemas de germanía y otros textos, es la de cruzar la cara los rufianes a sus protegidas o a las de los otros como señal de pertenencia o a causa de las frecuentes disputas en los prostíbulos. En otros casos la marca es la dejada por las habituales enfer-

4. En *La elaboración onírica* (op. c.), pág. 581-2, Freud indica pertinentemente que, con frecuencia los genitales son substituídos por representaciones simbólicas del rostro. Motivo que me inclina a orientar el análisis en este sentido, junto con el del poco espacio de que dispongo.

medades venéreas.⁵ Cuando se trata de hombres son, como decía, indicativo de rufianería y valentónica, y así se expresa varias veces explícitamente en el *Buscón* en personajes como el mulato (II, 1) con « un persignum crucis de inimicis suis » o como Matorral, tendero de cuchilladas que « traía la muestra dellas en su cara » (III, 10). Con estos significados clarísima y, repito, abundantísimamente registrados, el individuo portador de la marca, sea cual fuere su origen, es identificado y asociado a una profesión para siempre sin poderse abstraer a ello, condenado al fracaso en cualquier tentativa de superación que inicie. En este sentido tenemos que interpretar la « negra trepa » y « las roturas que con los pedazos del jarro » el ciego causa a Lázaro (T. I),⁶ las marcas que el soldado ridiculizado por Quevedo en el *Buscón* muestra a Pablos (II, 3) y sobre todo « el trasquilón de oreja a oreja » (III, 7) que Pablos recibe de manos de don Diego y sus amigos y que es el anuncio clarísimo e irremediable de su asociación futura con los matantes del final del libro.⁷ Lo mismo para el caso del valiente (I, I) del *Estebanillo* al que éste, con el « cauterio de una cuarta de largo » que le produce en el carrillo al quererle levantar los bigotes, no hace más que confirmar en su profesión; o en el caso del pobre a quien afeita y al que cruza con la navaja « no más de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenía él cortada, y presumo que no por bueno » (I, III)⁸ etc., etc..

5. Como ejemplos citaremos solamente el de la cuchillada de Celestina, o la *cruz colorada* de la prostituta del poema LIV, línea 52, pág. 164 de los publicados por John M. Hill in *Poesías germanescas* (Bloomington, Indiana University (1945)), el grillimón de *La Lozana Andaluza*, mamotreto VI, etc. etc.. Para otros ejemplos en su aspecto lexicográfico cf. mis libros *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro* (Salamanca, Acta Salmanticensis, 1976) y *El lenguaje de los maleantes españoles de los siglos XVI y XVII: La Germania* (Salamanca, Acta Salmanticensis, 1979), sobre todo la primera parte dedicada al estudio de prostitutas, ladrones y valentones del punto de vista léxico y de organización profesional.

6. Disiento de la interpretación de Francisco Rico en nota a *tropa*, « Lázaro, pues, había quedado como orlado de moraduras », *La novela picaresca española*, pág. 19 (Barcelona, Planeta, 1967). En realidad había quedado orlado de heridas y las consiguientes cicatrices y así se confirma en la pág. 25 del mismo libro cuando en nota a *arpado* dice « arañado, desgarrado ».

7. Observaremos, de paso, que ya antes de recibir dicha cuchillada, Pablos es portador de una marca en la frente según la variante de la edición crítica de Lázaro Carreter (Salamanca, Acta Salmanticensis, 1965) que conduce, junto con otras cosas, a su reconocimiento por don Diego el cual hace bien clara la diferencia de estatuto social que una misma marca supone: herida noble en un noble, « palo que le dieron entrando a hurtar unas gallinas » en un pícaro.

8. Cf. la nota de Millé al texto, en la misma dirección de lo que venimos diciendo.

En cuanto a la pérdida o rotura de dientes o corte de pelo, Freud los clasifica como simbolizaciones oníricas de la castración⁹ y los ejemplos en la picaresca son también abundantes. Así el jarrazo del ciego del *Lazarillo* del que el protagonista dice « me quebró los dientes sin los cuales hasta hoy día me quedé » (T. I). En el mismo libro se repite la escena de los repelones con el mismo ciego en cuyas manos deja Lázaro « los pocos cabellos que tenía ». En el *Estebanillo*, el valentón arriba aludido, deja todo el bigote pegado al hierro candente de Estebanillo (I, I) quien con el mismo hierro abraza-bigotes deja, poco después, a un pobre con dos dientes menos. También del mismo libro es el ejemplo de las carnestolendas de Viena (II, I) donde Estebanillo monta una carroza en la que disfrazado de sacamuelas y de acuerdo con cuatro judíos italianos recorre las calles de la ciudad haciendo curaciones fingidas y sin dolor; al final, para hacer reír a sus protectores, arranca a uno de los judíos la muela que le parece más gruesa con parte de la mandíbula lo que provoca en los apiadados espectadores un conato de linchamiento que Estebanillo aplaca desvelando la identidad judaica de la víctima que por ello mismo se encuentra a su vez atacada.

La pérdida de orejas era uno de los castigos tradicionales a los ladrones que así podían ser reconocidos con facilidad. En estas condiciones la afirmación pública de su profesión, ladrón, y la dificultad para llevarla a cabo correctamente tiene lógicamente que ser interpretada como frustración y simbolización de la castración. Notemos que el pelo largo para disimular la falta era el recurso habitual de los castigados. Así, a la castración simbolizada por la pérdida de orejas se opone el antídoto de la misma a través del pelo crecido; con lo que volvemos a encontrar el esquema simbólico señalado por Freud esta vez en su forma de protección contra la castración. Todos los elementos se encuentran reunidos en el episodio del *Estebanillo* barbero (I, III) cuando corta sin querer una oreja al hijo de un mercader. Dice Estebanillo: « El mercadante, viendo que ya aquello no tenía remedio, y que era falta que se encubría con el cabello, y que el castigo que él merecía lo había venido a pagar su hijo, despidió a mi amo con mucho agrado, y a mí me concedió perdón ».

9. « La calvicie, el cortarse el pelo, la extracción de una muela y la decapitación son utilizadas para representar simbólicamente la castración » (S. Freud, *Obras completas*, Tomo I, pág. 562, Ed. c.).

Cerremos con esto el voluntariamente reducido catálogo de ejemplos para sacar algunas conclusiones.

Observaremos que la significación de las marcas de carencia sigue una doble dirección:

a) afirmación de la castración, independientemente de que ésta sea real, en sus simbolizaciones de profesionalidad. Así en el caso de los judíos con frecuencia tachados de poco viriles, y además italianos, con lo que esto implica en la tradición española, del carnaval de Estebanillo. La extracción bestial de la muela sirve para abundar objetivamente en la mariconería implícita de los personajes y obligarnos a una lectura semiótica del episodio. Lo mismo para el desorejado hijo del mercader. Sin que llegue a actuar en la profesión del padre lo irremediable de su sino ya aparece desde el principio.

b) castración por negación o supresión de los atributos de actividad. Si el bigote poblado y agresivo es signo inequívoco de valiente su pérdida violenta supone un desplazamiento y anulación de identidad. Si para el hambriento los dientes son pieza necesaria su pérdida es doblemente sentida. Así le ocurre a Lázaro y al pobre con quien Estebanillo se pelea por la sopa del convento.

En todos los casos la marca funciona como impotencia de realización con el trasfondo de la castración libidinal y es el correspondiente canalla y marginal de las marcas míticas positivas, las que abren la puerta a la acción, que sirven para identificar a los héroes desde las novelas de caballerías y antes, a la actualidad, pasando por ejemplos como el del lunar blanco debajo de la teta izquierda de *La Gitanilla* o el lunar pardo y cerdoso de don Quijote en la aventura de la infanta Micomicona (I, XXX). Frente a esta marca positiva, llave de la actuación del héroe según su identidad real, la negativa es un indicio de la imposibilidad de acción fuera del espacio frustrador al que sirve de enseña.

La última parte de este esbozo de interpretación psicoanalítica nos obliga a volver de nuevo sobre la cuestión del discurso en sí. Como decía, se trata de un discurso autobiográfico, que trabaja sobre el pasado. Este tipo de discursos, eminentemente psicoanalíticos puesto que en ellos se encuentran las claves del pasado que permiten explicar el presente patológico, pueden presentarse de dos maneras: discursos de recuerdo y discursos de repetición.¹⁰ En el dis-

10. No puedo extenderme aquí en el análisis a fondo de recuerdo y de repetición. El lector interesado debe dirigirse al texto de Freud, *Recuerdo, repetición y*

curso de recuerdo el agente escarba en su pasado rescatando olvidos y sintiéndolo como pasado. El discurso de repetición no es un hecho histórico sino una potencia actual, en la que el pasado se siente como presente y los placeres antiguos son sentidos como actuales, aunque con menor fuerza que en el pasado, lo que provoca la imposición obsesiva de la neurosis. Este es el caso de la narración picaresca en la que la repetición se practica en el momento de la escritura acerca de hechos pasados todos interpretados, sentidos y presentados en la misma perspectiva de un fracaso actual que no hace más que repetir el fracaso inicial histórico y los surgidos a causa de él hasta el último que es el de la escritura practicada como repetición.

JOSE LUIS ALONSO-HERNANDEZ
Universidad de Groninga

elaboración (Obras completas, Tomo II, págs. 1683-1688. Ed. c.) y al de Gilles Deleuze, Différence et répétition (Paris, PUF, 1976), entre otros.